



# PAUL AUSTER

## El león en invierno

Paul Auster está convencido de que el final de su vida se acerca. A punto de cumplir 65 años, el escritor estadounidense refleja su inquietud ante la llegada de la vejez en un volumen autobiográfico tan inesperado como valiente, “Diario de invierno” (Anagrama / ED. 62). Auster nos recibió en su refugio de Brooklyn para desvelar las claves del libro.

texto **ÁLEX VICENTE** foto **ARCHIVO**

**P**aul Auster dice que algunos días se despierta con una incómoda inquietud, preguntándose cuántas mañanas le quedarán hasta el final de su existencia. Un pensamiento taciturno, pero comprensible en jornadas tan crudas como ésta, que ha amanecido envuelta en una niebla espesa y grisácea. De la noche a la mañana, la meteorología neoyorquina ha dado un vuelco, dejando atrás un diciembre inusualmente soleado y acelerando un cambio de estación que los más optimistas creyeron que nunca llegaría. Nos encontramos ante el domicilio del escritor, un edificio de tres plantas revestido de ladrillo rojizo que ha adquirido proporciones prácticamente mitológicas entre sus seguidores más acérrimos. Al visitar el barrio de Park Slope, todo lector austriano se pregunta, sin remedio, dónde quedará esa casa que, mucho tiempo atrás, escogió como hogar. Como re-

za la leyenda, se encuentra a pocos pasos de las frondosas hectáreas de Prospect Park, un rincón residencial de Brooklyn poblado por intelectuales con pedigrí, fundamentalistas de la comida bio y treintañeros retirados de la vida *hipster*, que ahora empujan los carritos de sus bebés. Aquí es donde Auster fijó domicilio hace más de tres décadas y aquí pretende quedarse, según dice en su nuevo libro, hasta que lo metan en el sarcófago.

“Pasa y dame tu abrigo. Te presentaré a todo el mundo”, dice Auster, con voz cavernosa y a la vez vivaz, cuando aparece al otro lado de un portal decorado con un sobrio adorno navideño. El escritor avanza entonces por un oscuro pasillo, que conduce hacia una espaciosa cocina que da sobre un pequeño jardín interior. Alrededor de la mesa, en la que la noche anterior Auster celebró una cena con amigos, encontramos por fin a “todo el mundo”. Apretón de manos con su suegra,

recién llegada de Minnesota para pasar las fiestas. Otro con una sonriente asistenta, que será presentada con el mismo protocolo. Y un tercero con su mujer, la escritora Siri Hustvedt, esa altísima señora a quien en su día debieron confundir a menudo con una modelo escandinava, como Auster escribió sobre Iris, su álter ego en *Leviatán*. Se diría que están cocinando alegremente en familia, pero no lo están. En cuestión de segundos, las tres desaparecen.

En este entorno cálido y prenavideño, instalados en dos cómodas e idénticas butacas en la sala de estar contigua –“las sillas de las entrevistas”, como las ha llamado Hustvedt–, lo último de lo que apetecería hablar es del miedo a la muerte. Pero a esas coloraciones sombrías obliga a trasladarse el nuevo libro de Paul Auster. *Diario de invierno* es un relato autobiográfico en el que el escritor revela los cambios que han acompañado el paso a lo que

Auster no duda en considerar, sin eufemismos baratos, la antesala de la vejez. Pese a aparentar entre diez y quince menos, el 3 de febrero cumplirá 65 años. “Es difícil creer que me haya hecho tan mayor. Es como si no fuera posible”, dice con una sonrisa medio irónica y también medio triste, recostado sobre la butaca. El libro aparece editado por Anagrama meses antes que en su propio país, donde no llegará a las librerías hasta después del verano.

### Intimidación a la intemperie

Su nuevo libro se abre con una reflexión que compartirán todos aquellos que creyeron que su vida sería distinta a la de los demás. Por los que creyeron que ninguna de esas cosas que les suceden a los demás les pasarían a ellos. Hasta que entonces empieza a sucederte todo de golpe y, encima, en el mismo orden que al resto de la humanidad. Y esa existencia que uno consideraba única e intransferible termina reducida a la más pura de las banalidades. Así describe Auster, desde la primera página, su trayecto por la vida. Es un ejercicio tan inesperado como valiente. Y todavía más siendo un escritor de su estatus el que se atreve a poner al descubierto traumas, fragilidades e intimidades biográficas que no siempre resulta agradable dejar a la intemperie ante millones de lectores.

Entre otras cosas, Auster relata su despertar sexual en la Nueva Jersey gris e industrial de su infancia. Corrían los reprimidos años 1950 y los primeros 1960, durante los que dice haber batido “el récord norteamericano de masturbación entre 1961 y 1962”, categoría masculina. Allí pasó tardes y tardes sobando a chicas como Karen, Peggy, Linda, Carol, Sally, Ruth, Pam, Starr, Jackie, Marie o Ronnie. “La belleza femenina es algo que nunca ha sido capaz de resistir”, escribe Auster en esta biografía en segunda persona, una elección arriesgada por la que optó porque le permitía establecer un diálogo consigo mismo. La secuencia se alarga hasta la pérdida de su virginidad en un tético burdel del Upper West Side. Unas páginas más tarde, Auster admitirá haber frecuentado a prostitutas –a las que escogió “por

la cara y no por el cuerpo”– durante sus años de juventud en el París de los 1970, en el que transcurrirá buena parte del libro. “La verdad es que no tenía ningún miedo a ser honesto”, responde Auster. “Todos somos seres humanos y mis experiencias no son distintas de las de cualquiera. De lo que estoy hablando, en el fondo, es de lo que sentimos al estar vivos. Si me he escogido como protagonista es sólo porque me conozco mejor que a cualquier otro sujeto”, añade.

### Celebrarse a uno mismo

El que tal vez se haya convertido en el autor más admirado de las letras estadounidenses en España parece tomarse muy poco en serio. A la vez, en ocasiones el libro parece pensado para describir una vida que, por mucho que se empeñe Auster, no termina de ser como las demás. No se trata sólo de dotarse de eso que los estadounidenses llaman narración personal, esa leyenda individual que se atribuyen como si fueran los protagonistas de un relato decimonónico. Por momentos, se diría que Auster también ejecuta la celebración de uno mismo que pregonaba Walt Whitman, pronunciada por un hombre visiblemente angustiado por el final de sus días e interesado en dejar constancia escrita de su existencia. Auster discrepa con cordialidad y firmeza. “No escribí este libro con el deseo de exponerme a mí mismo, ni de alardear sobre lo que he vivido. Le aseguro que no tiene nada que ver con eso. Me interesaba más describir lo que experimentamos en un día frío como hoy, en comparación a uno caluroso como el que tuvimos ayer. He escrito fragmentos autobiográficos, pero desde el punto de vista de mi cuerpo”, responde.

Se encuentra en lo cierto. *Diario de invierno* es una autobiografía sensorial, escrita desde el punto de vista de su cuerpo. Lo describe en habitaciones grandes y pequeñas, subiendo y bajando escaleras, nadando en lagos ríos y océanos. Sentado en butacas, tomando ascensores, esperando en aeropuertos y estaciones de tren. Bailando con chicas en gimnasios escolares y, años más tarde, acostándose con ellas. Vistiéndose y desvestiéndose en habitaciones de hotel. Contando ante

el espejo las cicatrices, visibles e invisibles, que el tiempo ha dejado en su rostro. “No se trata de una historia detallada de mi vida, ni mucho menos de mis ideas. No hablo de mis años de formación como escritor, pese a la importancia que tiene mi carrera en mi vida, ni de mi papel como padre, pese a haber tenido dos hijos. Se trata de un libro sobre los placeres y los dolores que uno siente viviendo dentro de mi cuerpo. Si hablo de mi mujer, es porque mi cuerpo duerme junto al suyo todas las noches. Si me explico sobre mi madre, es porque dio a luz a mi cuerpo. Si describo las casas en las que he vivido, es sólo porque lo han albergado”, apunta Auster. Es en este último punto donde encontramos uno de los mejores fragmentos del libro, así como uno de los más alejados de su estilo. El autor establece un exhaustivo inventario numerado de las casas en las que ha vivido, de un sombrío apartamento en Newark al lugar donde nos encontramos ahora.

### El peor año de mi vida

Hacía diez años que Paul Auster pensaba en escribir este libro. Lo que nos hace retroceder hasta 2002, que sigue situando “entre los peores doce meses” de toda su existencia. El origen de *Diario de invierno* se encuentra, en realidad, en un ataque de pánico acontecido una década atrás. Sucedió en uno de los asientos de madera de la cocina, al que señala con dedo tembloroso. Sucedió días después de la muerte repentina de su madre, semanas después de un accidente de coche a un par de esquinas de su casa –“en el que casi matas a tu familia”, se reprocha sin cesar en el libro– y de algunos achaques físicos tras un viaje promocional a Dinamarca. Por si fuera poco, el clima que se había instalado en la ciudad tras la desaparición de las Torres Gemelas era oficialmente fúnebre. Tras una noche de insomnio y unas copas de más, su organismo terminó por estallar.

“Fue una experiencia muy violenta. Resultó aterrador que mi cuerpo pudiera hacerme algo así sin previo aviso”, reconoce. El shock sufrido le obligó a darse cuenta de que, definitivamente, algo estaba cambiando en su interior. “He tratado de hacer una



**Diario de invierno**  
Paul Auster  
Anagrama / Ed. 62  
248 págs. 18,90 €.

lista de factores que explican lo que me sucedió, aunque todavía no lo acabo de entender del todo. He sufrido muchas otras noches de insomnio, he bebido demasiado muchas otras veces y he tomado demasiado café muchas otras mañanas de mi vida. Se supone que fue la combinación de todas esas cosas la que me condujo a ese estado. Pero, en el fondo, estoy convencido de que también contribuyeron a ello profundas razones psicológicas”.

### **Masculinidad herida**

En el libro deja entrever algunas de ellas. Por ejemplo, el desencanto adquirido por Auster respecto a su cuerpo desde que ya no le responde como desearía. Hacia la mitad del libro, el escritor se lamenta de “haber dejado de ser duro”. No cuesta diagnosticar un problema de masculinidad herida en un tipo que, hasta la fecha, se había creído un superhombre. “Entiéndame –argumenta pausadamente–, siempre había sido un tipo robusto y atlético. He jugado a baloncesto y a béisbol durante años y con bastante talento. Nunca he conocido la enfermedad. Siempre me he encontrado en buena forma y he tenido una excelente salud. Era conocido por mi gran resistencia trabajando. Siempre me he sentido un tipo fuerte, física y mentalmente. Pero entonces te haces mayor y empiezan a pasarte cosas que no entiendes del todo”, describe.

Parece un efecto secundario de ese anticuado modelo de masculinidad que inculcaron a los estadounidenses de su generación, según el cual todo hombre que se precie debe creerse un forajido decimonónico enfrentado a una naturaleza hostil y pendiente de ser civilizada. “Puede que tenga razón. Y, al mismo tiempo, ¿no cree que todos queremos ser héroes? ¿No quiere serlo usted? Mire, he intentado vivir mi vida de forma que pueda merecer mi propio respeto. Y, en ocasiones, me he fallado. No digo que no sea inevitable cometer errores. Lo que digo es que estos son los míos y que me siguen atormentando. Mis errores me hacen pensar que no soy el gran hombre que siempre creí ser”, confiesa.

Auster dice que la escritura del libro no le sirvió para calmar esa ansiedad. Entre otras cosas, porque no cree

que la literatura constituya una receta mágica contra la angustia existencial. Lo mismo le sucedió con otro de sus relatos abiertamente autobiográficos, *La invención de la soledad*, escrito tras la muerte inesperada de su padre, con el que todavía tenía “muchas cuestiones por resolver”. “Al escribir aquel libro, me sentí liberado de mi profunda pena. Pero al minuto de terminarlo volvió a venir todo de golpe. He escrito este volumen con más tranquilidad, pero tampoco creo haber resuelto nada”, sostiene Auster. “Para mí, la escritura no es ninguna terapia. Como mucho es una compulsión o una enfermedad. No entiendo por

permanentemente. Incluso cuando todo lo que he escrito durante un día ha terminado en la basura, me puedo levantar del escritorio y decirme que no he hecho trampas”, relata. “Y ahí existe una satisfacción, sí. Aunque sea pequeña”.

Así pasa sus días Paul Auster, encerrado en el despacho de la primera planta de su casa, y calculando –como no tiene temor en reconocer, de palabra y por escrito– los que le deben quedar por delante. No tiene claro que lo mejor de su existencia ya haya pasado, como tampoco está “seguro de haber escrito ya sus mejores obras”. Pero ha entendido que una puerta se

## **“Para mí, la escritura no es ninguna terapia. Es una compulsión o una enfermedad”**

qué alguien querría dedicarse a esto, excepto si le resulta absolutamente necesario”, añade. “Sentarse en una habitación y pasar todo el día solo no es algo que la mayoría de gente quiera hacer con su vida. Y todavía menos si es para el resto de sus días. La gente quiere estar ahí afuera, haciendo cosas con los demás”.

### **La compulsión del narrador**

Auster sintió desde muy pequeño esa compulsión de la que habla. Y lo agradece, puesto que se convirtió en su bote salvavidas para escapar a una vida mediocre en la Nueva Jersey de sus progenitores, al otro lado del río Hudson. Desde entonces, una veintena de novelas, tres libros de poesía, cinco películas, dos obras de teatro y un puñado de ensayos se han sucedido en las librerías, convirtiéndole en una celebridad internacional a la altura de cualquier estrella de Hollywood, pero encima con buena prensa y respeto intelectual. ¿La considera una vida echada por la borda? “No lo sé. Lo único que puedo decir para justificar mi labor es que he dado todo lo que tenía. Lo he hecho lo mejor que podía cada día de mi vida. Y creo que existen pocos oficios en el mundo en los que la gente haga ese tipo de esfuerzo

ha cerrado y que otra, comunicada con una estancia algo más sombría, se empieza a abrir. “Por supuesto que me despierto pensando en el tiempo que me queda. Me parece natural darse cuenta de que el reloj avanza y que, matemáticamente, tus probabilidades de vivir una vida larga se reducen –dice levantando la mirada–. Me empiezo a acercar al final. Puede que éste sea el invierno de mi vida”.

Pocos minutos más tarde, tras un apretón de manos, la puerta se cierra. De regreso a Manhattan, cruzando el río entre una niebla todavía más espesa que horas atrás, en las paredes del vagón se ven algunos de esos surrealistas anuncios que intentan captar la mirada de sus impasibles *commuters*. Entre carteles de comida a domicilio y bufetes de abogados, uno retiene la atención del viajero. En él aparece el profesor de un curso universitario de gestión de situaciones de urgencia, que sin duda remiten a los traumáticos acontecimientos que hicieron entrar a Nueva York en un luto prolongado. Y dice lo siguiente: “Te enseñaré todo lo que necesitas para hacer carrera en la gestión de emergencias y catástrofes. Pero lo que te estaré enseñando, en realidad, es a convertirte en un héroe”. ■